Nuestro Círculo

Año 6 Nº 243 | Semanario de Ajedrez | 31 de marzo de 2007

HERMAN STEINER
1905-1955

Herman Steiner fue campeón de USA en tres ocasiones y durante algún tiempo el organizador más eficiente de actividades ajedrecísticas de la costa oeste. Nacido en Hungría (actual Rep.Checa) el 15-5-1905, emigró a los EEUU a los 16 años, mejoró su juego en los clubes de Nueva York y llevó a cabo su debut internacional en la Olimpíada de La Haya de 1928, en la que obtuvo una puntuación de de +6 +1 = 9 con el segundo tablero de su equipo.

Maestro Internacional en 1950, entre sus triunfos individuales se destacan su primer lugar en el torneo de Primeros reservas de Hastings 1929, su primer puesto compartido en el Open de los EEUU de 1942, su victoria en solitario en este mismo torneo en 1946 y su primer lugar en el campeonato cerrado de USA 1948.

Otros resultados internacionales: segundo en Brno 1931; = tercero en Pasadena 1932, segundo en Chicago 1937, = tercero en Hastings 1945/46, primero en LOndres 1946 y = quinto en Venecia 1950.

Steiner fue vicepresidente de la Federación de ajedrez de Estados Unidos, organizó el Congreso Panamericano de 1945, tuvo a su cargo la columna ajedrecística del diario Los Angeles Times y abrió en Hollywood un club de ajedrez al que acudían habitualmente, entre otros, Humphrey Bogart, José Ferrer y Charles Boyer.

N. de la R.: Sabemos de tres maestros Steiner nacidos en Hungría: los hermanos Endre en 1901 y Lajos en 1903 aparte de Herman que, nacido en 1905, ignoramos si perteneció a la misma familia.

(Enciclopedia del Ajedrez de H. Golombek)

Adams Weaver Warren - Steiner Herman
[C30]
USA Ch, New York, 1936

1.e4 e5 2.Ac4 Cf6 3.d3 Ac5 4.Cc3 Cc6 5.f4 d6 6.Cf3 Cd4 7.fxe5 dxe5 8.Cxe5 0-0 9.Ag5 Dd6 10.Axf6 Dxf6 11.Cf3 Ag4 12.Cd5 Dh6 13.c3 Axf3 14.gxf3 Dh4+ 15.Rd2 c6 16.cxd4 cxd5 17.dxc5 dxc4 18.Rc3 cxd3 19.Dxd3 Tac8 20.De3 b6 21.b4 bxc5 22.bxc5 Df6+ 23.e5 Db6 24.Rc4 Da6+ 25.Rc3 Da3+ 0-1

Steiner Herman - Woliston Philip
[D09]
Los Angeles, 1940

1.d4 d5 2.c4 e5 3.dxe5 d4 4.Cf3 Cc6 5.g3 Ae6 6.Cbd2 Dd7 7.Ag2 Ae7 8.0-0 Ah3 9.Ce4 Axg2 10.Rxg2 h6 11.a3 0-0-0 12.Da4 De6 13.Td1 Rb8 14.Td3 f5 15.exf6 Cxf6 16.Cxf6 Axf6 17.Ad2 Thg8 18.Tb3 Td6 19.c5 Td5 20.Da6 Cd8 21.Txb7+ 1-0

Steiner Herman - Banner
[D52]
Los Angeles, 1945

1.d4 d5 2.c4 c6 3.Cf3 Cf6 4.Cc3 e6 5.Ag5 Cbd7 6.e3 Da5 7.Cd2 dxc4 8.Axf6 Cxf6 9.Cxc4 Dc7 10.Tc1 Ae7 11.Ad3 0-0 12.0-0 a6 13.Ce5 Cd7 14.f4 f6 15.Dh5 f5 16.g4 Cxe5 17.fxe5 g6 18.Dh6 Dd8 19.gxf5 exf5 20.Ac4+ Rh8 21.h4 Axh4 22.Ce4 Ad7 23.Tf4 Ae7 24.Tcf1 fxe4 25.Tf7 1-0

Steiner Herman - Evans Larry M
[D78]
Pittsburgh, 1946

1.d4 Cf6 2.Cf3 g6 3.g3 Ag7 4.Ag2 d5 5.0-0 0-0 6.c4 c6 7.Cbd2 Ce4 8.Db3 Cxd2 9.Axd2 dxc4 10.Dxc4 Ae6 11.Db4 Dd7 12.Tfd1 Ca6 13.Da3 Dd6 14.Dxd6 exd6 15.Af4 d5 16.b4 Cxb4 17.Ad6 Cc2 18.Axf8 Axf8 19.Tab1 Tb8 20.Ce5 Ad6 21.Cf3 Ca3 22.Tb3 a5 23.Ce5 a4 24.Tc3 Cb5 25.Te3 Axe5 26.Txe5 Cc3 27.Td3 Cb5 28.Tee3 Cd6 29.Td1 Cc4 30.Tc3 b5 31.a3 b4 32.axb4 Txb4 33.e4 Tb3 34.Txb3 axb3 35.Tb1 Cd2 36.Tb2 Cxe4 37.Txb3 c5 38.Axe4 dxe4 39.Tb8+ Rg7 40.dxc5 1-0

Steiner Herman - Stahlberg Gideon
[E48]
Saltsjobaden Sweden, 1952

1.d4 Cf6 2.c4 e6 3.Cc3 Ab4 4.e3 0-0 5.Ad3 d5 6.cxd5 exd5 7.Cge2 Te8 8.0-0 b6 9.Cg3 Ab7 10.Cce2 Cbd7 11.f3 Ad6 12.Ad2 c5 13.De1 cxd4 14.exd4 Tc8 15.Cf5 Af8 16.Dh4 Ae7 17.Dg5 g6 18.Ceg3 Rh8 19.Cxe7 Txe7 20.Dh4 Te6 21.Ag5 Df8 22.f4 Ce4 23.f5 gxf5 24.Cxf5 Db4 25.Ae7 Dxb2 26.Tab1 Dxa2 27.Ch6 Txh6 28.Dxh6 Tg8 29.Axe4 dxe4 30.Af6+ Cxf6 31.Dxf6+ Tg7 ½-½

Paoli Enrico - Steiner Herman
[C57]
Reggio Emilia, 1951

1.e4 e5 2.Cf3 Cc6 3.Ac4 Cf6 4.Cg5 Ac5 5.Axf7+ Re7 6.Ab3 Tf8 7.d3 h6 8.Cf3 d6 9.Ae3 Ag4 10.Axc5 dxc5 11.Cbd2 Cd4 12.h3 Ah5 13.g4 Cxg4 14.Cxd4 Dxd4 0-1

Herman Steiner - Max Euwe
[D44]
New York, 1948

1.d4 Cf6 2.Cf3 d5 3.c4 e6 4.Ag5 Ab4+ 5.Cc3 dxc4 6.e3 b5 7.a4 c6 8.Ae2 Ab7 9.0-0 a6 10.Ce5 Ae7 11.Af3 Cd5 12.Axe7 Dxe7 13.Ce4 0-0 14.Cc5 f6 15.Ced7 Cxd7 16.Cxb7 Ta7 17.Ca5 Tc8 18.e4 Cb4 19.Dd2 c5 20.axb5 axb5 21.dxc5 Dxc5 22.Cb3 cxb3 23.Txa7 Dxa7 24.Dxb4 Da4 25.De7 Cf8 26.h4 Dd4 27.Ah5 Dxb2 28.Af7+ Rh8 29.h5 De5 30.Ae8 Dc5 31.Dxc5 Txc5 32.Tb1 b4 33.Txb3 Tc4 34.f3 Td4 35.Tb1 Rg8 36.Aa4 h6 37.Tc1 Td8 38.Tc6 Tb8 39.Ab3 Rh8 40.Tc7 e5 41.Rf2 Ch7 42.Re3 Cg5 43.Rf2 Te8 44.Tb7 Ce6 45.Txb4 Cf4 46.Tb7 Td8 47.g3 Cd3+ 48.Rg2 Ce1+ 49.Rf2 Cd3+ 50.Rg2 ½-½

G Koltanowski - Steiner Herman
[A95]
Pittsburgh, 1946

1.d4 f5 2.g3 Cf6 3.Ag2 e6 4.Cf3 Ae7 5.0-0 0-0 6.c4 d5 7.Cc3 c6 8.Dd3 Ce4 9.Cd2 Af6 10.e3 b6 11.Ccxe4 fxe4 12.Db3 Rh8 13.f3 exf3 14.Axf3 Aa6 15.Tf2 Ag5 16.cxd5 exd5 17.e4 Axd2 18.Axd2 dxe4 19.Axe4 Txf2 20.Rxf2 Dxd4+ 21.De3 Dxb2 22.Tb1 Df6+ 23.Df4 Cd7 24.Dxf6 Cxf6 25.Axc6 Tc8 26.Tc1 h6 27.h3 Tf8 28.Rg2 Ad3 29.Ae3 Tc8 30.Rf2 Ae4 31.Ab5 Tf8 32.Rg1 Td8 33.Te1 Af3 34.Af4 Tc8 35.Te7 a5 36.Ae5 Tc2 37.a4 Ad5 38.g4 Rg8 39.Axf6 gxf6 40.Te8+ Rf7 41.Tb8 Tg2+ 42.Rf1 Th2 43.Txb6 Txh3 44.Ta6 Th4 45.Txa5 Txg4 46.Ae8+ Rxe8 47.Txd5 Txa4 48.Th5 Rf7 49.Txh6 Ta3 50.Rf2 Re6 51.Th5 f5 52.Th6+ Re5 53.Tb6 Th3 54.Tb5+ Rf4 55.Tb4+ Rg5 56.Ta4 Th2+ 57.Rf3 Th1 58.Rf2 Td1 59.Tc4 Ta1 60.Tb4 ½-½

LA PARTIDA INFINITA

Por Eduardo Stilman

Es sólo un juego, dicen quienes no lo juegan. Un arte, una ciencia, dicen los jugadores. "El ajedrez es una forma de producción intelectual que posee un encanto peculiar. Siempre he sentido un poco de lástima hacia aquellas personas que no conocen el ajedrez. Justamente lo mismo que siento por quien no ha sido embriagado por el amor. El ajedrez, como el amor, como la música, tiene la virtud de hacer feliz al hombre", dijo Siegbert Tarrasch, un médico experto en terapia por hipnosis, que después de perder el match por el título mundial con Lasker, conservó el humor suficiente para jugar otro cuyo único premio consistía en un kilo de manteca. Mucho después, el campeón mundial Tigram Petrosian lo corrigió sutilmente:"El espíritu del ajedrez -señaló- es mucho más poderoso que el ajedrez y que cualquier ajedrecista; escapa a toda posibilidad de comprensión, y así como conduce a un hombre a la bienaventuranza puede arrastrar a otro a la locura". De la felicidad y la locura que el mágico juego conlleva sobran ejemplos en la historia del arte, tanto como en la del ajedrez. El primer campeón mundial, Wilhelm Steinitz (1834-1900) murió en un asilo de lunáticos, desafiando a Dios a jugar y ofreciéndole un peón de ventaja. Y hoy nadie duda de la demencia de Bobby Fischer, otrora mimado -como hoy Garry Kasparov-- por la prensa. Los desplantes del propio Kasparov, dicen algunos, son propios de un descentrado, y solo pueden ser considerados normales en el mismo concierto de intereses que terminó de enfermar a Fischer.

Cuando el empate no vale

En una partida puede jugarse la vida. Según una tradición, Atahualpa murió porque humilló a los españoles ganándoles al ajedrez, que había aprendido viendo jugar a sus guardianes. Según otra tradición, Tom Paine se salvó de ser ejecutado porque su mujer venció a Robespierre en el Café de la Régence.

La fascinación por el juego suele actuar como un cataclismo y barrer con toda sensatez. Napoleón, el autócrata, y Voltaire, el tolerante, se mostraban idénticos en algo: perdían los estribos cuando eran derrotados. El deseo de aniquilación del contrario que subyace en la contienda ajedrecística, hace que el empate deje gusto a ceniza en la boca de los rivales, y espesa la atmósfera de las salas de torneo. "Cuando la partida termina, bromeaba Miguel Najdorf, los maestros se estrechan caballerescamente las manos, porque no pudieron estrangularse." H. A. Murena (La partida infinita) sistemáticamente se negaba a jugar al ajedrez con sus amigos: porque se sentía incapaz de odiarlos, ni tan solo por un momento.

Ninguna otra actividad, salvo la matemática y la música, ejerce semejante fascinación en el espíritu humano, ni exhibe la misma capacidad de producir niños prodigios. En Muerte de reyes, George Steiner enuncia analogías entre las tres disciplinas, al tiempo que se confiesa víctima de la adicción: "El acto de mover treinta y dos piezas en un espacio de sesenta y cuatro casillas es un fin en sí mismo, un mundo muy completo al lado del cual la vida biológica, política o social da la impresión de ser desordenada, aburrida y contingente. Hasta el más torpe de los aficionados siente esa fascinación diabólica. Hay momentos mágicos en los que criaturas completamente normales dedicadas a otras cosas, hombres como Lenin o como yo mismo, sienten la tentación de renunciar a todo - a su matrimonio, a su hipoteca, a su carrera o a la Revolución Rusa - para pasar días y noches moviendo pequeños objetos tallados sobre un tablero cuadrado. El hechizo no respeta fronteras. Encantó a Lenin igual que a Trotsky, Iván el Terrible, Napoleón, el Che Guevara, Robespierre, Goebbels, Ho Chi Min, Fidel Castro, Roosevelt, Hussein de Jordania o Spiro Agnew. Cautivó a Doré como a Rembrandt, Dalí, Braque, Max Ernst, Paul Klee, Chagall, o Magritte, que dejaron muestras de su pasión en todos los museos del mundo.

Los músicos no se quedaron atrás: desde los ballets representados en la corte de Luis XIV hasta las excéntricas composiciones de Juan María Solare (Ajedrez I y II, sobre poemas de Borges); Ben Oni y Zugzwang ("quince miniaturas sobre la estrategia del ajedrez, para violín o flauta, saxo alto o clarinete, bajo doble o violoncello y piano o sintetizador"), pasando por El jugador de ajedrez (1927) música para piano, de 135 minutos de duración, compuesta por Henri Rabaud para el film dirigido por Raymond Bernard, la dilatada lista de composiciones "ajedrecísticas" incluye Jaque mate (1937), ballet de Sir Arthur Bliss con coreografía de Ninette de Valois; 8x8 Sonata Ajedrecística, de Hans Richter; Juegos imaginarios (1993) de Ake Parmerud ("basa-dos" en la 22a. partida del match Karpov-Kasparov de 1992) y Bocetos de ajedrez (1996) de Murielle Lucie Clément, ópera breve"para dos sopranos y tablero" ("basada" en la partida que Ljubomir Ljubojevic ganó a Kasparov en Bruselas en 1987).

El cine y los cineastas tampoco son inmunes a la infección. El ajedrez apareció por primera vez en un film en The wishing ring, de 1914. La primer película dedicada exclusivamente al ajedrez fue Chess Fever (Moscú, 1921), con la participación del campeón Capablanca. Las asociaciones alegóricas del juego con la muerte quedaron registradas en las cintas de Cocteau y de Ingmar Bergman (El Séptimo Sello es el clásico del género). Las concomitancias del juego con la demencia fueron recogidos en Die Schachnovelle (sobre la novela de Stefan Zweig), con Curt Jurgens en el papel del jugador vienés y Marc Adorf como campeón mundial.

Muchos cineastas padecieron la fiebre: Stanley Kubrick cuenta: "Cuando no tenía algo mejor que hacer, participaba de torneos en el Marshall Club y en el Manhattan Chess Club, en Nueva York, y jugaba por dinero en los parques y en cualquier lugar donde fuera posible hacerlo"; no es fortuita su afinidad con otro miembro de la cofradía, Vladimir Nabokov, cuya Lolita filmó. Otro fanático fue Humphrey Bogart: antes de convertirse en astro hacía estragos, a medio dólar por partida rápida, en los bares y salones de ajedrez de las cercanías de The New York Times Square; llegó a ser director de torneos de la Federación Norteamericana de Ajedrez, y empató con Samuel Reshevsky. En 1945, una portada del Chess Review lo mostró junto a su esposa Lauren Bacall, enfrentando a Charles Boyer, otro ajedrecista célebre. (Ver pág. 727)

Catálogo fantástico

Las obras literarias surgidas al influjo del ajedrez constituyen un género por sí mismas. Catalogarlas sería interesante, pero mucho más interesante sería confeccionar el fantasmal repertorio de las obras que a causa del ajedrez no vieron la luz: entre ellas ya se cuentan muchas pinturas de Marcel Duchamp y muchas páginas de Juan José Arreola. "El arte y la literatura carcomidos por el ajedrez", titularon una publicación Duchamp y Roussel. Y Arreola confesó, poco antes de morir: "El ajedrez ha sido el pasatiempo de mi vida, más que la literatura, incluso. Yo no he dedicado a la literatura ni la milésima parte de lo que le he dedicado al ajedrez. El ajedrez es el único juego que vale la pena jugar porque nos sobrepasa, como las piezas de Shakespeare, las novelas de Dostoievsky o los más grandes poetas de la humanidad que han hecho algo que se acerca a lo imposible, pero todos se quedan en el umbral. Me di cuenta de que el ajedrez es imposible para el hombre, está más allá de su alcance".

Lugar aparte en la bibliografía especializada habría que reservar para los monstruos e hipermonstruos de la literatura paraajedrecística: aquí cabría la obra de J. M. Temple, quien concibió la partida que conduce a la posición que inicia A través del espejo, de Lewis Carroll. O la del Dr. J. Schumer, compilador de Chesslets, libro que agrupa partidas reales ficticiamente anotadas por grandes escritores, con frases de sus obras. Así, la partida Atkins-Saunders, jugada en Stratford-Upon-Avon, en 1925, es analizada ni más ni menos que por Shakespeare. La jugada 23 de Atkins es mala, y el Bardo opina "Algo está podrido en Dinamarca"; no obstante, los maestros empataron en 37 jugadas. La primera aparición literaria del ajedrez se registra en un manuscrito árabe del siglo VII. Dos visiones fundamentales sugirieron los artistas: la de que es un remedo de la guerra y la de que es un remedo de la vida (con la subvariante irónica de que la vida es un remedo del ajedrez). Esta segunda interpre-tación suele incluir la de que el jugador no es más que un poseído por designios que no discierne ni comprende,un títere. Las casillas blancas y negras representarían los días y las noches; Karpov, Kasparov, Bobby Fischer, no serían sino muñecos que mueven muñecos.

El primero en exponer esta alegoría fue el poeta Omar Khayyám, en el 49º cuarteto del Rubáyyát::

Todo esto es un Tablero de Noches y de Días/Donde el Destino con Hombres como con Piezas juega./Los mueve de aquí a allá, los siega, les da mate,/Y uno por uno a la Caja los regresa.

Borges glosó la idea de Khayyám en uno de sus dos espléndidos sonetos sobre el ajedrez:

También el jugador es prisionero
(La sentencia es de Omar) de otro tablero
De negras noches y de blancos días.
Dios mueve al jugador, y éste la pieza.
¿Qué dios detrás de Dios la trama empieza

De polvo y tiempo y sueño y agonías?

Con esta idea se relacionan las partidas vivientes (como la descripta por Rabelais en Gargantúa y Pantagruel) en que las piezas son hombres y mujeres y el tablero consiste en un gran escenario natural o artificial. Las partidas vivientes se siguieron efectuando, casi siempre con carácter festivo o artístico, hasta nuestros días. Pero por 1495, el inquisidor Pedro Arbues les confirió una aplicación práctica: las piezas de su ajedrez (muriente, más que viviente) eran reos dispuestos en el gran tablero, mientras dos monjes jugaban una partida de ajedrez real: las piezas capturadas morían de veras.

Jugada satánica

El ajedrez acumuló durante siglos una fantástica serie de prohibiciones e interdicciones. Se lo acusó de tentación de Satán, de resabio de ateísmo y (lo que es bastante justo) de irresistible invitación a faltar a todos los deberes. Las acusaciones y defensas del ajedrez engendraron una divertida literatura: un eclesiástico del siglo XVII nos legó una contrita diatriba titulada Los males del ajedrez: "No me dió a mí lo que yo le dí. Me persiguió en mis estudios y en mi púlpito, mientras yo oraba o predicaba; en todo momento yo jugaba mentalmente al ajedrez, como si tuviera un tablero ante mis ojos… "

No menos crítico se mostró el gran maestro Ruben Fine cuando, tras ganar 23 de los 27 torneos que jugó y siete Abiertos de los Estados Unidos, se hizo psicoanalista, y publicó en La psicología del ajedrecista: "El ajedrez es una competencia entre dos hombres [sic] que involucra considerablemente al ego. Santa Teresa de Jesús lo utiliza en su Camino de perfección: "…voy entablando el juego, como dicen. Pues creed que quien no sabe concertar las piezas en el juego de ajedrez, que sabrá mal jugar, y si no sabe dar jaque, no sabrá dar mate. Y Benjamin Franklin escribió La moralidad del ajedrez, que tiene el honor de ser el primer libro sobre el tema publicado en Estados Unidos (1779) y en Rusia (1795).

Con manos de acero

La ficción utilizó a menudo el tema del autómata jugador de ajedrez, predecesor de Deep Blue, mucho antes de que Kasparov vendiera barata su derrota ante la máquina de IBM, hoy superada por la llamada Hydra. Gran cantidad de testigos registraron las hazañas de "El Turco", célebre artefacto fabricado por el barón Wolfgang von Kempelen, que entre 1770 y 1840 batió a los más fuertes ajedrecistas. Poe no simpatizaba con el ajedrez: en Los asesinatos de la calle Morgue sostiene que "los poderes más elevados del intelecto reflexivo son más decidida y útilmente empleados por el menos aparatoso juego de las damas que por la elaborada frivolidad del ajedrez, en el que lo complejo es confundido con lo profundo".

El "Turco" del barón von Kempelen desapareció en un incendio en Filadelfia, en 1854. El maestro de Moxon, autómata protagonista de un cuento de Bierce, corrió similar destino en un incendio imaginario: no jugaba tan bien como el "Turco", y al ser derrotado por Moxon, su inventor en la ficción, tuvo una reacción más que humana: lo estranguló con sus manos de acero.

Yeats (Deirdre), T. S. Eliot (La tierra yerma), Elías Canetti (Auto de fe), Samuel Beckett (Murphy, Final de juego), Arrigo Boito (El alfil loco), Massimo Bontempe lli (El tablero ante el espejo), Italo Calvino (Las ciudades invisibles), Paolo Maurensig (La variante Lueneburg), entramaron sus obras con el ajedrez, que también proporcionó un sistema de ejemplificación frecuente, y a veces irremplazable, a teóricos como Wittgenstein o Ferdinand de Saussure: "Una partida de ajedrez es como la realización artificial de lo que el lenguaje ofrece en forma natural. No obstante, la "resplandeciente trivialidad" del ajedrez, su "maravillosa esterilidad" quedan siempre íntegras en su misterio.

A través del espejo

La más famosa obra literaria inspirada en el ajedrez nació en Inglaterra. Las Aventuras de Alicia a través del Espejo, de Lewis Carroll, desarrollan capítulo a capítulo, casi frase a frase, un disparatado problema de ajedrez cuya posición inicial y absurda solución se ofrecen al comienzo del libro. Durante el juego, las Blancas mueven nueve veces consecutivas contra tres de las rojas; las Reinas enrocan; la Reina Blanca huye del Caballero Rojo cuando puede capturarlo; la Reina Roja pasa por alto dos mates posibles; Alicia -que es un Peón Blanco- alcanza la octava casilla y pasa varias jugadas en ella sin convertirse en Reina. No se cumplen las reglas del ajedrez ortodoxo, porque Lewis Carroll inventó un ajedrez heterodoxo, cuyas reglas sus estudiosos siguen empeñados en descifrar. Estos ajedreces heterodoxos son llamados por los expertos "fairy chess"; Capablanca -quizá bajo la influencia de Lord Dunsany y Duchamp- inventó uno que solía jugar con Lasker; no tan estrafalario como el de Carroll, se juega sobre un tablero con 100 casillas, y las piezas incluyen, además de las convencionales, un Canciller (que combina las virtudes de torre y de caballo), un Arzobispo (que combina los movimientos del alfil y del caballo), y peones suplementarios.

Una partida de ajedrez, de Stefan Zweig, narra la singular confrontación del Dr. B., ex prisionero de la Gestapo, con el campeón mundial Mirko Czentovic, y consigo mismo. Durante su encierro, el Dr. B se hizo de un libro de ajedrez, que lo salvó de la locura volviéndolo loco. El prisionero comienza por analizar, memorizar y jugar mentalmente las ciento cincuenta partidas del libro; agotada esta distracción, no le queda otra que la esquizofrenia: jugar a ciegas contra si mismo. "El atractivo del ajedrez consiste en que su estrategia se desarrolla de distinto modo en dos cerebros; que en esa guerra espiritual, el negro ignora las maniobras e intenciones del blanco, aunque trata de adivinarlas y malbaratarlas, mientras que el blanco procura adelantarse y frustrar los propósitos inconfesos del negro. Ahora bien, si el negro y el blanco quedaran representados por una y la misma persona, se produciría la contradictoria situación de que un cerebro debería al mismo tiempo saber algo e ignorarlo." El Dr. B, ya en libertad, viajando a Buenos Aires a bordo de un transatlántico se topa con el campeón mundial Mirko Czentovic y protagoniza una dramática contienda.

Cuatro ases

Cuatro grandes creadores alcanzaron alto grado de destreza ajedrecística: Lord Dunsany, Marcel Duchamp, Juan José Arreola y Vladimir Nabokov.

Lord Dunsany llegó a campeón de Irlanda, creó líneas teóricas, un ajedrez heterodoxo, compuso problemas, y logró empatar con Capablanca en Londres. Escribió El Gambito de los Tres Marineros, cuento que relata las hazañas de tres marineros que, casi sin saber jugar, baten a los mejores jugadores ingleses con el auxilio del demonio.

Marcel Duchamp abandonó el arte por el ajedrez (con gran enojo de André Breton). Practico día y noche, y nada en el mundo me importa más que encontrar la jugada correcta… La pintura me interesa cada vez menos. Todo lo que me rodea se me aparece con formas de piezas y el mundo exterior sólo me interesa en la medida en que se transmuta en posiciones ganadoras o perdedoras ". En 1927 se casó con la hija de un industrial: durante la luna de miel, su esposa, desesperada, encoló las piezas al tablero; se divorciaron a los pocos meses.

Ajedrez fatal

El ajedrez satura la obra de Vladimir Nabokov, experto en la más aristocrática especialidad del juego: la composición de problemas. "He consagrado una prodigiosa cantidad de tiempo a la creación de problemas de ajedrez. Una posición artificial es elaborada sobre el tablero, y el problema a resolver es cómo dar mate a las negras en un número determinado de jugadas. Es un arte bello, complejo y estéril. La mayor parte de los ajedrecistas, maestros y aficionados, casi no se interesan por estas adivinanzas altamente sofisticadas, fantásticas, elegantes, y se sentirían profundamente desconcertados si se les pidiera que inventen una"

Nabokov publicó un libro muy curioso, Poems and Problems, que reúne poemas en inglés, poemas en ruso y problemas de ajedrez. Su más impresionante novela de tema ajedrecístico es La Defensa Luzhin (1929), que llevó al cine Marleen Gorris. Cuenta la historia de un joven fenómeno del ajedrez, que encuentra creciente dificultad para pasar del mundo del juego al de la realidad, y que tras un derrumbe psicológico del que el amor no alcanza a rescatarlo, termina tirándose por una ventana, estrellándose contra el suelo que, como observó la Alicia de Lewis Carroll, puede ser un gigantesco tablero.

La novela se basa en la historia de un amigo del propio Nabokov, el maestro berlinés Curt von Bardeleben (1861-1924), que se suicidó de esa manera. Terrible coincidencia: otros cuatro ajedrecistas de la realidad, todos ellos lectores de Nabokov, se mataron arrojándose por ventanas: los maestros internacionales Karen Grigorian y Georgy Ilivitsky (en 1989), Alvis Vitolinsh (en 1997) y el gran maestro Lembit Oll, campeón de Estonia (en 1999). Quizás estén jugando ahora un torneo de ajedrez que nunca termina.

NUESTRO CÍRCULO
Director: Arqto. Roberto Pagura
ropagura@ciudad.com.ar
(54 -11) 4958 -5808 Yatay 120 8ºD
1184. Buenos Aires – Argentina